TIGRE

Salimos a las 5:45 am desde la casa de Zambrana. Hay que ir temprano a pescar porque mientras más alto esté el sol, más ruido hay y las palometas se espantan fácilmente. Desde su ventana, la hermana de Zambrana nos despide con el dedo medio apuntando hacia arriba, despeinada y enojada por hacer bulla a estas horas.



Nos dirigimos a Las Palquitas, una parte del arroyo con varios afluentes, a escasos dos kilómetros de Trinidad. En un momento dado del camino nos alcanza Suárez, sudado y jadeante con cara y pelo de recién despertado. Pensábamos que ya no iba a venir.

Antes de llegar a la zona de pesca, nos cruzamos con varios trabajadores de Coca Cola. Entran a las 6:00 am a la embotelladora con más cara de sueño que de felicidad, lo cual me hace dudar del eslogan de la multinacional.

Bajamos por una cuesta a la izquierda de la circunvalación y saltamos la tranquera rápidamente, intentando no mirar directamente a la carachupa muerta que hay en lo más alto del poste derecho. Yo traje hilo de pescar y carne de segunda, cuarto kilo con un tono blanquecino más que rojo, Zambrana trajo unos anzuelos y pan casero en otra muestra de su tacañería; Suárez rizando el rizo, solo trajo un cortaplumas, no sé cómo pretende pescar sin liñada y sin carnada.

Llegamos a la orilla del arroyo y ahora tenemos que cruzar dando toda una vuelta si queremos llegar a la zona más tranquila, así que Suárez, que se las da de experto y corajudo, propone cruzar andando. Dice que no nos tapa y que se puede ir, que él ha ido varias veces acompañando a la tropa con el *ganau* que hay en una lechería colindante. Mientras nos cuenta cómo ha enlazado varios huachas al primer intento, se quita los *kitchutes* y los une amarrando las trenzas para luego colgárselos alrededor del cuello. Dice que es importante no mojar los zapatos porque luego resbala mucho en la orilla y es mejor que estén secos. Seguimos sus instrucciones y cruzamos los tres en fila sin polera y con los zapatos de collar. Debo reconocer que, aunque a veces Suárez es emputante con sus exposiciones de testosterona, esta vez

tiene razón, y aparte, esta relajante y a la vez inquietante experiencia de cruzar el arroyo a pie, nunca la hubiera vivido por mi propia iniciativa.

Llegamos por fin a la banda, a las puertas de la humilde estancia de las vacas Jersey. El olor a *umbacá* se disuade con la leche recién ordeñada y el aroma del barro greda. Está todo bien cercado, así que no queremos perder tiempo saltando postes para mendigar un poco de leche. Salimos del agua y tras algún resbalón tonto en la arcilla roja, seguimos arroyo arriba. De pronto, escuchamos a lo lejos una trompeta que intenta perfeccionar una melodía que desconocemos. Zambrana dice que algunos soldados de la banda del Cuartel de la Sexta División salen a practicar por las afueras, que les dan permiso un par de horas para no molestar en el distrito militar ni a los vecinos. La Sexta División antaño quedaba lejos de la catedral, pero hoy en día se puede decir que forma parte del centro.

El sol ya ha asomado casi del todo en la llanura. Decidimos parar un momento para desayunar. Saco mis dos sándwiches de queso menonita y mortadela; Zambrana saca su pan casero, un mollete y una tortilla; Suárez saca su cortaplumas para ver qué nos puede manguear. Le cojo la navaja y corto un poco de queso para que lo compartan. Ha sido un buen trueque, porque a cambio le pido a Zambrana un vaso de chicha morada de sobre, porque solo llevo agua en la cantimplora. Mientras comemos, vemos al soldado del tamaño de una hormiga en la otra punta. Salió de detrás de unos árboles y siguió camino a la carretera mientras soplaba aún alguna que otra nota.

Con la barriga llena no dan ganas de moverse, pero hemos venido a pescar, no de picnic. Suárez usa su cortaplumas para tallar un chuchío verde. Dice que con caña de pescar es mejor que a mano. Nos reímos de él. Zambrana le dice que con ese bejuco no va a sacar ni un buchere. Seguimos por la orilla y a unos cien metros se oye una vertiente, cuando llegamos, vemos agua cristalina muy limpia, filtrada por la hierba que desemboca en el arroyo turbio. Nos desviamos un poco para ver más de cerca el origen del manantial y nos encontramos con una poza poco profunda, rodeada de cañizo y en el fondo nubes negras de renacuajos danzantes. Esta aventura se la dejamos para otro día en el que Suárez quiera exhibirse. Volvemos a la orilla del arroyo y seguimos un kilómetro arriba, allí descubrimos unas huellas felinas más grandes que nuestras manos.

Suárez asegura que son de un tigre, que a veces en la estancia de las vacas desaparecen terneros y luego solo encuentran restos de sangre y vísceras bovinas por los alrededores. Zambrana quiere hacerse notar con sus conocimientos de

zoología y dice que el nombre científico es Panthera Onca, que es un jaguar y que le decimos tigre, pero en realidad no es un tigre. Los hemos visto en el zoológico de la Universidad, sabemos lo que son, le decimos. Nos entra miedo y queremos volver cerca de la Coca Cola, pero ya nos hemos alejado tanto que preferimos aprovechar la tranquilidad y el silencio para probar suerte. Avanzamos un poco más y en una loma cómoda nos sentamos a tirar las liñadas. El día pasa rápido entre risas y anécdotas. Las palometas pican con la carnada y a veces para mi sorpresa hasta con el pan casero de Zambrana. La caña de Suárez no aguantó mucho, pero sigue pescando hilo en mano como nosotros y no le va mal tampoco.

Se han hecho las 16:00h y ya es hora de volver antes que se haga de noche. Usamos la caña de Suárez para ensartar todos nuestros deliciosos trofeos: un total de doce palometas coloradas y cinco amarillas. Ha sido un día de pesca perfecto, nunca había vuelto con tanto botín, con esto comemos en mi casa toda la semana. Voy pensando en cómo aderezar las palometas antes de fritarlas, cuando me veo de rodillas en el suelo, intento levantarme, pero cada movimiento me impide salir del barro que ahora emite un sonido extraño, como si dos toneladas de hormigón quisieran entrar en ebullición. Suárez y Zambrana me ven y se empiezan a reír a carcajadas hasta que notan cómo me cambia el tono de voz. Me hundo cada segundo que pasa y no puedo salir.

Son las 17:00h y mis compañeros de pesca no han podido acercarse a mí sin empezar a hundirse ellos también, así que retroceden. Suárez ha cortado un chuchío más largo, pero cuando me lo pasan y empiezan a tirar, solo se oye como se parte hasta que hace un crack.

Suárez y Zambrana deciden ir a buscar ayuda a la estancia. Con la fuerza de un caballo o de un buey lo sacamos al instante, dicen. Se van.

Son las 18:00h, casi de noche y aquí estoy solo, atrapado en mitad del barro, parezco un pato enterrau. De pronto, escucho una respiración, ahora es un ronroneo gordo, noto el aliento del tigre en mi nuca, está detrás de mí, aunque no puedo ni quiero volver la vista. Perdón tigresito lindo, le digo, sé que no eres tigre, Panthera Onca, así dijo la profe de biología, así dijo Zambrana hace un rato, porfa no me comas. Me clava sus garras en el pecho desde detrás, me agarro a sus muñecas felinas. Mi «Ayyy» se cruza con su rugido, pero me saca del fango. Me libero de sus pezuñas y caigo en tierra firme. Estoy en postura felina igual que el tigre, me mira directamente, tengo su cara frente a la mía. El cabrón resopla y hace ruidos de ultratumba con su

garganta, se da la vuelta y casi me da un colazo en la cara. Se aleja, coge un ternero por el cuello y lo pierdo de vista cuando cruza un chuchial.

Ensangrentado con las marcas del felino que tendré de por vida en el pecho, me levanto y vuelvo corriendo como puedo en dirección a la estancia. Es oficialmente de noche. A medio camino me encuentro con un grupo liderado por Suárez y Zambrana, van a caballo. Me recogen. En la estancia me curan las heridas. Termino la última mitad de mi segundo sándwich de queso menonita. Los demás cenan palometa frita, yo no quiero probarlas, prefiero un poco más de chicha morada de sobre antes de volver a casa.